ARACENA

ARLETTE GENEVE

CAPÍTULO

Sevilla 1826

La mujer se llevó la mano al cuello en un intento de sofocar un gemido que, de todas formas, salió con voluntad propia del encierro de su garganta. Miró con ojos desorbitados a la persona que se mantenía en pie frente a ella con una carta en la mano y una sombra de pesar en los ojos.

—¿Dónde están las muchachas? —el hombre de tez morena y pelo rubio mostró una sonrisa vacilante antes de alzar los hombros en un interrogante.

—Baronesa… ¿quién puede saberlo?

—Detesto que me llames con ese título, te lo he mencionado en innumerables ocasiones. —El hombre se quitó el sombrero cordobés y lo lanzó sobre el canapé de tejido rojo que había cerca de una enorme ventana. Las espuelas de sus botas hicieron un sonido metálico que le hizo dar un sobresalto.

—Me tomaría un güisqui doble. Me lo merezco —dijo con voz candente.

—Son las cinco de la tarde Rafael, es la hora del té y sabes que detesto el ruido de las espuelas dentro de la casa. —El hombre de cuarenta años la miró con la sorpresa pintada en el rostro pero lo suavizó al momento.

—Sólo los estirados cangrejos pueden tomar té en una tarde sumamente calurosa en Sevilla. —Aline se mordió el labio con duda sin poder objetar una respuesta a pesar de que él no había hecho ninguna referencia a las espuelas y su crítica sobre ellas. Rafael portaba con inmenso orgullo su origen *merchero*[1].

[1] Se dice que son el producto del mestizaje entre gitanos y payos (es decir, no gitanos).

—Hablas igual que mis hijas. —Rafael volvió a sonreír complacido por la observación—. Y no está bien que te refieras a los ingleses como cangrejos, es un apodo despectivo de mal gusto —Rafael chasqueó la lengua molesto por la corrección.

—Te estás desviando del tema y lo sabes —la recriminó él.

Aline escuchó la posterior carcajada y lo miró de forma censurable antes de formularle la pregunta.

—¿Podemos ayudarlo? — Rafael negó con la cabeza reiteradamente.

—La acusación está sostenida por el duque de Alcázar. —Ahora sí que lanzó un gemido estrangulado.

Don Alonso de Lara era un hombre muy poderoso y con sobrados motivos que lo inducían a perseguir a todo aquel que fuese contrario a la opinión de la corona española.

—El conde Ayllón no se ha pronunciado sobre sus inclinaciones políticas.

—La corona sabe que hay un traidor en la casa Velasco. Es lo único que le importa y que persigue. —Aline volvió a fruncir el labio con impotencia. Rafael sólo le traía noticias nefastas.

—Rodrigo es un hombre íntegro, jamás dudaría de su lealtad —Rafael entrecerró sus ojos oscuros claros ante la declaración defensiva de ella.

—Sigo sin comprender por qué motivo te mantienes en la sombra con respecto a su vida .

Aline bajó los ojos al suelo incapaz de sostener la mirada masculina.

—Tomé una decisión hace más de veinte años. Juré que no entorpecería el rumbo de su vida y he podido mantener mi promesa hasta el día de hoy —Rafael balanceó la pierna mientras la escuchaba.

—Esa decisión se volverá contra ti tarde o temprano. Lo sabes —Aline asintió con la cabeza.

—Esa decisión la estoy purgando desde el mismo momento que tuve a mis hijas en los brazos. —Le respondió con voz aguda.

Los recuerdos golpearon a Aline con ferocidad. Parecía que no había transcurrido ni un instante desde que despidió a Rodrigo en la Española. Su decisión fue acertada, pero, con cada amanecer, la pregunta de si había hecho lo correcto la volvía a golpearla con fuerza. Lo había querido tanto que tras despedirlo y comprobar que había quedado en estado, los remordimientos la vapulearon emocionalmente hasta dejarla mentalmente agotada. Siempre se había creído estéril. Su déspota y perverso marido francés así se lo había asegurado cada amargo día que tuvo que sufrir en su compañía. Doce años de matrimonio y ningún hijo había sido concebido en sus entrañas como una premonición de que le esperaba algo mejor en la vida. Y así fue. En su retiro emocional en la Española, conoció al apuesto capitán español que le robó el corazón por completo. Con una sola mirada de sus ojos ambarinos, el mismo color de las hijas de ambos, criadas con la más absoluta ternura y devoción, fue consciente que había cometido un error imperdonable. Sus hijas fueron un regalo inesperado y precioso que había llenado su vida por completo, y siempre lo agradecería en lo profundo de su alma, pero que no podía revelarle por más que sus sentimientos la instasen a lo contrario.

Inspiró de nuevo y miró a Rafael con determinación.

—Tenemos que hacer algo — Rafael asintió con lentitud premeditada.

—Su madre María y su sobrina Aurora se han embarcado rumbo hacia Inglaterra. —Aline entrecerró los ojos con sorpresa porque desconocía esa información. Sabía que su hermana melliza, Inés, había muerto en el parto de la sobrina del conde, Aurora mucho tiempo atrás.

—Me parece inaudito que el conde permita que su familia se refugie en Inglaterra —dijo ella. Aline conocía la opinión de Rodrigo con respecto a los británicos porque en una ocasión casi pierde le vida por uno de ellos.

—El padre de su sobrina es un noble inglés —le recordó Rafael.

Aline aún se sorprendió más.

—Compruebo que te mantienes bien informado de todo —Rafael le hizo un asentimiento de cabeza a modo de respuesta.

—Soy tus ojos y tus oídos en los diferentes asuntos que conciernen a la familia Velasco. Me sorprende una respuesta así por tu parte. —Aline fue incapaz de responder la pulla merecida—. Tienes que regresar a Luisiana —le informó.

Aline colocó un mechón plateado en su lugar correspondiente, se le había soltado del moño.

—Soy consciente que no puedo descuidar la herencia de mi padre —Rafael asintió nuevamente con gesto adusto.

—El banco reclama los pagarés y solo acepta que lo hagas en persona. Es un inconveniente, pero debes ir.

Aline pensaba que los asuntos se complicaban por momentos. Las tierras de su padre estaban hipotecadas desde hacía varios años y la economía familiar se mantenía en un precario equilibrio. Su estancia prolongada en Sevilla solo lo empeoraba.

—Tendrás que vender las minas para hacer frente a la deuda —siguió aconsejándole Rafael de forma implacable.

Aline lo sabía, pero no quería dejar España sin saber la suerte de Rodrigo de Velasco.

—No puedo marcharme sin hacer nada por él. —Rafael la miró con excesiva.

—Estás a punto de quedar en la más completa ruina, si no te marchas tendrás que echar mano de la dote de tus hijas —Aline negó con la cabeza.

—¡No! —La exclamación salió por su garganta como un graznido—. Ese dinero fue el regalo de mi padre para sus nietas antes de morir, jamás lo tocaría aunque la ruina me asolase por completo —Rafael no podía comprender la postura femenina, sin embargo la respetaba.

—Te he comprado un pasaje en el *Liberty* —Aline suspiró con sorpresa—. Yo me quedaré cuidando de tus pequeñas y sin perderle la pista al duque de Alcázar.

—Puede llevarme más tiempo del que pensamos —Rafael alzó los hombros pero con los ojos llenos de determinación.

—Te mantendré informada de todo lo que sucede aquí. —Aline meditó las palabras de Rafael y terminó aceptando.

—¿Cuando sale el *Liberty*?

—El próximo jueves —respondió él. Aline jadeó.

—¡Eso es pasado mañana! —Rafael no respondió—. Está bien… comenzaré los preparativos del viaje de inmediato.

—Yo seguiré indagando en los asuntos privados del duque de Alcázar por si encuentro algo que ayude a tu conde.

El suspiro femenino fue notorio.

—Eres maravillo. Sé que mis pequeñas estarán a salvo contigo. Nunca podré agradecerte todo lo que haces por mi.

Rafael la miró con gratitud, jamás podría olvidar a esa distinguida mujer que supo darle apoyo y comprensión cuando más lo necesitaba.

—Amo a tus hijas con toda mi alma, lo sabes —Aline le sonrió de forma tierna y afectuosa pero no le pudo responder por la entrada intempestiva de sus dos hijas. Mirarlas era como besar el pasado que le sonreía.

—¡Mamá!

Las dos caminaron hacia ella al mismo tiempo y la besaron con ternura, cada una en una mejilla. Tras el beso, se volvieron hacia Rafael con una clara intención que logró una respuesta inmediata.

—Os arrancaré los ojos si lo intentáis —la amenaza detuvo a Isabel, no así a Aracena que le mostró unos hoyuelos pícaros mientras seguía acercándose a él con una promesa en sus ojos y una determinación en sus labios.

—Se lo prometí a Doña Elvira —Rafael no pudo evitar el beso que le dio con afecto genuino.

Aracena se dejó caer en el sofá sin delicadeza junto a él.

—Haz el favor de comportarte como una señorita bien educada —la regañina de su madre no le hizo mella en absoluto, a pesar de que esas palabras se las repetía a conciencia una y otra vez.

—Mamá, una señorita educada no disfruta de la vida y yo me he propuesto agotar cada aliento que exhale —Aline ahogó un gemido ante la respuesta impertinente de su primogénita.

—Sin lugar a dudas me merezco tus respuestas por educarte con tanta libertad y tan poco sentido común —Isabel le lanzó a su gemela una mirada de advertencia para que contuviera su ímpetu.

—Pronto obtendré los resultados de mis esfuerzos —Rafael soltó la lengua con sorna y Aline suspiró profundamente consternada.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo —le aconsejó el hombre con mirada llena de hilaridad, no obstante, sus palabras no la molestaron.

—Tu actitud es muy peligrosa hija —Aracena hizo una inclinación de cabeza a modo de aceptación, pero siguió sonriendo con excesiva prepotencia.

—Soy amiga de Rosa de Lara. Las puertas del Palacio de los Silencios están abiertas para mí. Pronto tendré la oportunidad de conocer los trapos sucios de esa familia en particular.

Isabel bufó ante la soberbia de su hermana mayor. Mayor por cinco escasos minutos.

—Afortunadamente para ti, serás invisible para el duque —esas palabras dichas por su gemela sí la molestaron.

—Eso es lo que pretendo hermana, *ser invisible*, y así poder hacer mejor mi trabajo, aunque, si me permite la ocasión, podría jugar un poco con él.

Aline se tapó la boca al escuchar a su primogénita.

—Serías una necia si pretendieras algo así —contraatacó la otra—. No puedes divertirte con un hombre tan poderoso.

Aracena miró a su hermana sin creer el comentario quisquilloso. Don Alonso de Lara y Guzmán era uno de los hombres más influyentes de la corona española y gran amigo de la reina María Cristina. Un hombre intocable en todo el sentido de la palabra y, ese detalle, lo volvía mucho más interesante a sus ojos.

—No temáis —les dijo a los tres—, no pienso jugar con el. Pretendo su cabeza en una bandeja de plata.

Aline se llevó una mano a la garganta ante el comentario insolente. Ella meditaba en la forma más apropiada de informarles a sus hijas del viaje que tenía que realizar de inmediato a América. Suspiró y las miró a continuación.

—Tenéis que hacerme una promesa —las dos gemelas miraron a su madre con interrogación después de despellejarse mentalmente con la mirada—. Una promesa solemne —tanto Isabel como Aracena no despegaron los ojos de su madre tras esas palabras enigmáticas—. Tengo que volver a Luisiana. Es necesario liquidar unas cuentas que dejó pendientes vuestro abuelo antes de morir, y ya no puedo demorarlo más.

Isabel entrecerró los ojos ensimismada. Un momento después miró a su madre con atención.

—Tenemos abogado mamá. Pueden encargarse de las diversas diligencias que tengas que solventar allí. —Aline negó con la cabeza varias veces.

—El banco se niega a facilitarme los pagarés si no es en persona —Aracena miró a su gemela con interés. De las dos, era la más pragmática.

—¿Te acompañará Isabel, madre? —Aline giró los ojos hacia su primogénita con suspicacia.

—No puedo llevar a Isabel conmigo porque necesitas su sentido común para controlar tu temperamento fogoso.

Rafael terminó por soltar una carcajada que empañó los ojos dorados de Aracena.

—Entonces me volveré loca de tedio y me moriré del aburrimiento. Cuando regreses, estaré maniatada a una camisa de fuerza.

Isabel iba a interrumpirla, pero Aline la paró en seco la broma de su primogénita.

—Cuida tu lengua jovencita cuando hables de tu hermana —la regañina tuvo el efecto adecuado de moderación—. Rafael evitará que os metáis en problemas, sobre todo tú.

Aracena pifió de forma poco femenina, e Isabel la conminó con los ojos a que se mantuviera callada.

—Antes de partir necesito que me hagáis una promesa de honor. —Isabel no pudo evitar la sonrisa que asomó a sus labios, esa palabra la llevaba grabada con fuego desde que tenía uso de razón—. Pase lo que pase… —ninguna de las dos se esperaba esas palabras que les parecieron agoreras—, juradme que no buscaréis a vuestro padre.

La exclamación de queja de Isabel no pasó desapercibida para ninguno de los tres.

—¿Isabel…? —Aline esperó la promesa de su hija más sensata.

Las amaba a las dos con locura pero Isabel, con su carácter dulce y apacible, controlaba las travesuras de su gemela con un tesón que la fascinaba. Hacía un perfecto contrapeso en las decisiones de Aracena que se mostraba la mayoría de las veces impredecible. Se guiaba por impulsos que terminaban en desastre un día sí y otro también.

—No quiero prometerte algo así —Aline comprendía su terquedad.

Lamentaba profundamente haberlas separado de su padre, pero, la promesa arrancada a su corazón, no admitía variaciones de sentimientos.

—Yo te lo prometo mamá —Aline miró a su primogénita con cierta vacilación.

Les había enseñado desde niñas todo lo referente a su padre. Las había mantenido informadas de cada paso dado por el español aunque estuviese tan lejanamente separado de ellas. Isabel nunca había aceptado su decisión de mantenerlo ignorante sobre su paternidad, sin embargo, comprendía los motivos ulteriores que mantenía Aline con respecto a ello. Aracena había aceptado su bastardía con bastante más naturalidad que su gemela y respetaba la decisión de su madre de no mantener

contacto con Rodrigo de Velasco. Él, seguía en Ronda, ellas en Sevilla, pero, tan cerca en pensamientos como si estuviesen caminando a la par.

Aline se levantó y cruzó los pasos de la estancia hasta sentarse junto a su hija menor, asió las manos de ella entre las suyas y la miró directamente a los ojos.

—Los motivos que tengo para solicitarte una promesa de tal magnitud son muy importantes —Isabel seguía en un terco mutismo.

—¡Mi padre no tiene más hijos! —Exclamó con voz dolida.

Aline aceptó la recriminación con cierto pesar. Esa circunstancia la abanderaba Isabel con tesón inusitado, creía que la haría flaquear en su determinación, pero, qué equivocada se mostraba. Ya no se podía dar marcha atrás en la vida. Una vez que las horas morían, era imposible resucitarlas.

—Ignoro por qué se ha mantenido soltero hasta el día de hoy aunque no pienso preguntárselo —le respondió la madre con voz queda.

Isabel apretó los labios con enfado.

—Tiene derecho a saber que existimos —afirmó con rotundidad. Aline meditó las palabras antes de decirlas.

—Mírame hija —Isabel la complació—. Tengo cincuenta y cinco años. No puedo presentarme ante un hombre de cuarenta con una sonrisa fresca y actuar como si no hubiese ocurrido nada, porque no es así. —Isabel volvió la cabeza porque las palabras de su madre la molestaban. Ya no era la mujer hermosa que fuera antaño, su rostro arrugado mostraba el deber pesado de sus decisiones, no obstante, le parecía tan injusto…

—Quizás el motivo de que mi padre no se haya casado todavía es que sigue amándote. —Aline había soñado durante muchos años con esa remota posibilidad, pero

no se engañaba. Rodrigo era ante todo un soldado de pies a cabeza, entregado al ejército y a sus responsabilidades.

—Estuvo prometido a Blanca de Lara —dijo Aline. Isabel miró a su madre con dolor.

—No estás exenta de culpa mamá con respecto a esa decisión, y, nunca sabremos con seguridad los motivos para que no la llevase a cabo. —Aline lamentaba haber sido tan explícita en las revelaciones a sus hijas sobre sus sentimientos y su implicación tácita por la marcha de Rodrigo. Ella era la única culpable y su hija se lo recordaba con agria determinación.

—Necesito la promesa Isabel —seguía en un orgulloso silencio y alzó la barbilla con soberbia, Aline se llevó la mano al estómago ante el gesto tan familiar y querido, Rodrigo alzaba el mentón de la misma forma.

—Pase lo que pase —silencio—, ocurra lo que ocurra debéis mantener el juramento de no buscar a vuestro padre por más que lo exijan las circunstancias.

Los ojos de Isabel se anegaron en lágrimas pero asintió.

—Tienes mi promesa —concedió al fin Isabel.

Aline tenía que desviar la tensión del momento a temas más banales o de lo contrario no podría mantener la compostura por más tiempo.

—La condesa de Ortuño ha tenido la amabilidad de invitarnos a su fiesta esta noche en el Palacio de los Geranios.

Isabel entrecerró los ojos ante el cambio brusco de conversación.

—Yo no pienso asistir. —Afirmó Isabel. Aline le soltó las manos y la miro con cierta acritud.

—No puedes mantenerte toda la vida apartada —Isabel miró a su madre con cierto dolor por sus palabras ciertas. Ella detestaba las reuniones sociales y las evitaba todo lo que podía.

—Es hora de buscarte un excelente prometido. —La carcajada de Aracena la molestó profundamente, pero no le correspondió como merecía. Se mantuvo tercamente callada—. No tienes apenas amigos, no sales de casa, esa actitud eremita ha de terminar de una vez. Nuestros amigos dudan en ocasiones de que tenga dos hijas pues apenas te conocen.

—No me gustan los bailes ni la hipocresía que los acompañan —le respondió con un tono de voz seco. —Aline no podía refutar el argumento que esgrimía la mayoría de las veces.

—Los bailes son el medio adecuado para que una debutante como tú encuentre un esposo apropiado. —Isabel le rebatió con altanería.

—Es el lugar menos indicado para encontrar al marido adecuado.

Aracena pifió tras escucharla. Aline volvió la cabeza hacia su hija mayor para recriminarle.

—Y esas palabras te incluyen a ti. Es hora de disipar esos humos que te llenan la cabeza.

Ahora fue Rafael el que rió al ver la cara de estupefacción de la hija mayor.

—El matrimonio no se ha hecho para un espíritu libre —recitó Aracena como si fuese una frase aprendida de memoria.

Aline resopló ante la afirmación inútil, una mujer no tenía la potestad de elegir ser un espíritu libre.

—Cuando regrese de Luisiana volveremos a hablar, y ahora, comenzad a arreglaros para el baile.

Ambas hermanas asintieron a la vez con tal de que su madre se olvidase del tema del matrimonio y los esposos adecuados.

CAPÍTULO 2

El palacio de los Geranios se había construido a orillas del Guadalquivir. El hermoso palacete había sido encargado a petición del conde de Ortuño como residencia de verano para su familia. Aracena arrugó el ceño ante lo ilógico. Sevilla era una ciudad maravillosa, pero, ¿residencia de verano?... hasta las moscas hacían el equipaje en verano para no morir abrasadas en la tórrida ciudad bulliciosa. Sin embargo, ella adoraba Sevilla, sus callejuelas alegres, sus fuentes y parques. El aroma inconfundible a tortas de anís y aguardiente. Un suspiro escapó de su garganta ante el olor del galán de noche, lo buscó con la mirada hasta encontrarlo. El arbusto solanáceo de hojas alternas y flores amarillas de cinco pétalos estaba estratégicamente plantado en una de las esquinas del amplio balcón, su penetrante aroma debía llegar hasta la ribera del río.

Siguió asomándose por la barandilla de piedra con cuidado, los maceteros de geranios podrían ser un arma mortal si caían sobre algún viandante que pasease por la vereda del río. Como los jardines del palacio estaban llenos de esas hermosas flores de variados colores, el nombre le venía como anillo al dedo.

Aracena se irguió y se reajustó el corpiño intentando aflojarlo sin conseguirlo, Isabel se había vengado lo suyo al apretarlo porque no podía respirar…

—No he conseguido ponche pero sí una copa de sangría— Aracena se volvió con rapidez hacia la voz de Rosa de Lara que le tendía una copa con el líquido oscuro y fresco.

—Me encanta la sangría —le respondió Aracena con una gran sonrisa.

—Deberías probar el champán amiga mía. Te sorprenderá.

Aracena negó con la cabeza repetidamente a la vez que vaciaba la copa de un trago y se relamía el labio superior.

—No bebo nada gabacho. Tengo principios. —Matizó con voz solemne.

Rosa rió al escucharla.

—Hace años que ganamos la guerra amiga mía.

Aracena dejó la copa encima de la balaustrada y le dio la espalda a Rosa.

—Necesito que sueltes un poco los lazos del corsé. No puedo respirar. Rosa dejó su copa también y se acercó más hacia ella.

—No te hace falta corsé porque tienes una cintura pequeñísima, casi podría abarcarla con mis manos. —Aracena meneó la cabeza ante la observación.

—Doy fe de que casi no tengo cintura de lo apretado que llevo las estrechas cintas —Rosa terminó por reír ante las palabras.

—¿Por qué te has puesto un vestido con tantos botones? —le preguntó curiosa. Aracena rió ante lo obvio.

—Para que no pueda quitármelo como pretendía en el momento que he sentido la tortura del corsé. Mi madre sabía lo que hacía al elegir la ropa que llevaría al baile de esta noche. —Rosa no comprendió la crítica que advertía en las palabras de su amiga.

—Me encanta el gusto exquisito que muestra tu madre a la hora de elegir tu vestuario. —El tono de reproche lo entendió Aracena a la perfección.

La madre de Rosa había muerto hacia muchos años, y como iba a dedicar su vida a Dios mediante el voto sagrado, su ropa era austera y espartana. La compadeció de veras. Una muchacha tan hermosa de rosto y de corazón no se merecía ser encerrada en un claustro.

—¡Llevas los lazos del corsé rojos! —Exclamó Rosa.

Aracena no salía de su asombro al escuchar el tono escandaloso de su amiga.

—Es una historia que gustosa te contaré otro día —Rosa negó con la cabeza aunque Ara no la pudo ver porque se encontraba de espaldas.

—Si no lo haces de inmediato te dejaré el vestido sin abotonar —Aracena se volvió de pronto ante la amenaza. El rostro de Rosa seguía sonriendo cómplice pero había soltado los lazos y ella podía respirar al fin.

—Lamento confesar que soy supersticiosa… —Rosa abrió aún más la boca por la sorpresa—. Siempre tengo que llevar algo rojo encima, y como mi madre dice que es un color escandaloso para una debutante, suelo llevarlo escondido donde no se ve. — Rosa seguía asombrada, ella continuó—. Llevo el color rojo en las cintas del corsé y en las ligas.

—¿Llevas las ligas rojas? —preguntó Rosa estupefacta. Ara asintió—. ¡Enséñamelas! —En ese momento fue Aracena la que negó de forma efusiva—.

—¿Nunca has visto unas ligas rojas? —Le preguntó a su vez. Rosa cerró los ojos y alzó el rostro hacia el cielo.

—Es pecaminosamente atrevido. Una muchacha de buena familia debe vestir con recato y decoro. —Aracena entrecerró los ojos al escucharla—. Pero, solamente tú, podrías llevar una prenda de un color tan escandalosamente lujuriosa.

—Se te ha debido subir la sangría a la cabeza o te ha debido picar un mosquito borracho de anís porque no es algo tan inusual —le respondió algo molesta—. Estoy convencida que no soy la única muchacha que no lleva las ligas blancas.

Rosa abrió los ojos como platos.

—¿Cuántas muchachas de nuestra edad crees que llevarán las ligas rojas?

Aracena meneó la cabeza ante la pregunta de su amiga.

—No voy por ahí preguntando ni levantando las faldas de nadie…

—Necesito verlas, por favor. —Aracena negó con la cabeza una y otra vez. Sería el colmo de la desfachatez que ella se subiera la falda y algún invitado indeseado observara el espectáculo que ofrecería—. No podré despegar los ojos de tus piernas si

no me las enseñas, y eso te va a resultar incómodo mientras bailas porque la gente pensará que llevas el vestido manchado o roto.

Aracena entrecerró los ojos con suspicacia, Rosa tenía la mima sonrisa bobalicona desde su confesión sobre el color de sus ligas. Miró hacia derecha e izquierda con aprensión, vio una zona bastante oscura y apartada del jardín, sólo tendrían que bajar seis escalones para alcanzarla.

—Ven, incordiosa, para que te muestre mi vena pecaminosa.

La frase poética hizo que Rosa sonriera todavía más. Ambas alcanzaron el rincón deseado entre risas y juegos. Las luces del salón de baile era claramente visible desde ese lugar y Aracena se llevó el dedo a los labios para pedirle silencio a su amiga.

—Resulta divertido saltarse las normas —admitió en voz baja.

Rosa asintió de inmediato.

—Yo sería incapaz de saltarme una sola. —Aracena meditó en esas palabras que le habían dicho mucho sobre la personalidad de su amiga.

Su encumbrado apellido debía pesar como una losa de cementerio. De pronto y sin previo aviso, Aracena se subió la falda de su vestido hasta el vértice de sus piernas y le mostró una de sus ligas doblando la rodilla como si fuese a dar un golpe con ella.

—¿Me dejas que la toque? —Si Aracena se sorprendió de la pregunta no lo demostró.

Se inclinó sobre su muslo y deslizó la liga de forma lenta sobre la piel hasta el tobillo, la sacó por su zapato y se la tendió. Rosa la cogió como si se tratase de una reliquia.

—Te la cambio por una de las tuyas. —Rosa no se esperaba el ofrecimiento pero aceptó de inmediato, se alzó su falda de forma mucho más recatada que Aracena y

se deslizó una liga blanca y virginal que le tendió con un titubeo. Ara no hizo ningún comentario al respecto, ambas se colocaron sendas ligas diferentes sin dejar de bromear.

—¡Qué diantres haces aquí! —Las dos dieron un respingo ante la voz gélida. El gemido estrangulado de Rosa la llenó de auténtica preocupación.

—¡Alonso! —Exclamó Rosa.

Aracena lamentó la falta de luz porque no tenía el gusto de conocer al temible, huraño y déspota duque de Alcázar.

—¡Vuelve ahora mismo al baile! —Rosa ni se lo pensó, con una excusa inteligible volvió sobre sus pasos dejándola sola y estupefacta.

Aracena era incapaz de comprender la pedantería del duque para desairar de esa forma a su amiga. Dejó caer la falda de su vestido que no había soltado aún azotada por la sorpresa. No se había percatado que el individuo en cuestión había tenido una visión perfecta de parte de sus piernas.

—Mi hermana no puede mezclarse con mujeres de su condición. Su reputación puede verse comprometida. En lo sucesivo, le agradeceré que no le reclame su compañía.

Aracena tensó los hombros ante el insulto desmerecido. Seguía sin pronunciar palabra. Miró con cierta curiosidad y aprensión el rostro de su enemigo. El enemigo de su padre.

Le sorprendió su juventud, debía rondar los treinta años, pero, el cinismo esculpido en sus labios estaba bien definido y era perpetuo. Los ojos, con el brillo exacto de una persona que no se amilana ante nada, le hizo sentir un escalofrío, y, ese detalle, le hizo ser consciente de que tenía la espalda al descubierto. Rosa le había desatado el corsé pero no había abrochado el vestido. En parte se sintió agradecida

porque podía inspirar tan profundo sin que la ira que sentía reventara las costuras de la tela.

—Sólo un cobarde insultaría a una mujer y evitaría su respuesta apropiada dándole la espalda y huyendo como un acoquinado. —Alonso de Lara ya volvía hacia el salón de baile cuando lo detuvo las palabras de la muchacha.

La observó con tanta frialdad que Aracena creyó que había llegado de repente una ola de frío intenso a Sevilla procedente del ártico.

—Sólo una estúpida provocaría a un desconocido con tanto desatino.

La sonrisa femenina lo desconcertó por lo inesperada, pero, ocultó enseguida cualquier muestra de calor en sus ojos negros.

—Sólo una estúpida provocaría a un cerdo pomposo con tanto desatino, lo admito —Alonso entrecerró los ojos, ella seguía sonriendo de oreja a oreja aunque con cierta pedantería.

—No tengo el gusto de conocerla —le dijo él.

Ara sujetó las manos a su cintura y las dejó descansar en arco.

—Ni lo va a tener, puedo asegurárselo.

Una inspiración profundamente masculina le dio la indicación a Aracena de que estaba obteniendo la atención del escurridizo duque… ¡al fin!

—Sólo asegure aquello que pueda cumplir… *muchacha*.

Alonso comenzó a darse la vuelta despacio. Se escabullía de nuevo. Era el hombre más frío e inalcanzable de cuantos nobles había conocido.

—Necesito un pequeño favor. —Sus palabras lo detuvieron de nuevo.— ¿Podría abrocharme el vestido?

Aracena era consciente que lo estaba provocando con sus palabras pero él no podría rechazar un desafío como el que le estaba lanzando. Los consejos de Rafael le estaban ayudando mucho.

—¿Cuánto me va a costar? —Aracena no se enfadó por sus palabras a pesar de la frialdad que mostraban sus ojos. Sólo pretendía acercarse lo suficiente para intrigarlo, atraparlo en una telaraña donde pudiese sorprenderlo después con un corte transversal en su aristocrática garganta.

—Le costaría más desabrocharlo puedo asegurárselo —le respondió jocosa.

Alonso se fue acercando lentamente hacia ella sin abandonar la mirada de su boca, y con un brillo de lo más extraño paseándose por el iris de sus ojos.

—¿Por qué me costaría más desabrocharlo? —le preguntó interesado.

Aracena meditó un solo momento en la respuesta que iba a ofrecerle.

—Por que desabrocharlo sería para hacerme el amor. Abrocharlo es cuando ese acto ya se ha realizado, y como podrá apreciar, usted no ha tenido ese placer sublime.

Alonso pestañeó ante la provocación de las palabras femeninas que no inducían a error alguno.

—¿Han acabado ya sus servicios? —le preguntó con una voz que abrasaba.

Aracena pisaba un terreno escurridizo, pero, tras varios bailes donde el duque no le había prestado la más mínima atención, había recurrido a Rafael para tejer una estrategia donde atraerlo hacia ella. Su madre moriría de la impresión si supiese que pretendía seducir al duque de Alcázar. El más arrogante, pendenciero y codiciado noble de Sevilla. Sin embargo, ella sabía que para poder llegar hasta sus documentos tenía que pasar por su colchón, y estaba decidida a hacerlo aunque estuviese infestado de pulgas.

—Para un cerdo pomposo, sí.

A los labios rígidos de Alonso asomó algo parecido a una mueca que podría tomarse como el inicio de una sonrisa.

—Confío que no se acerque más a mi hermana —le dijo de improviso.

El insulto ahora sí que le escoció. Rosa debía estar fuera de toda discusión.

—Su hermana y yo solo hemos hecho un intercambio sin importancia.

Alonso no pico el anzuelo que le lanzaba.

—Mi hermana es una mujer sensata. Conoce sus deberes como una Lara. Las palabras del duque hicieron que compadeciera aún más a su amiga. Ser vigilada constantemente por ese ogro explicaba su retraimiento y timidez.

—La señorita de Lara entenderá que no se acerque más a ella en lo sucesivo pues, afortunadamente, es una mujer vestida de sentido común de los pies a la cabeza.

Aracena resopló llena de cólera resabiada.

—Y yo me alegro de que su hermana esté vestida con tanta flema aristocrática de pies a cabeza, pero, lamentablemente mi espalda sigue al descubierto.

Alonso no se esperaba ese comentario insolente, entrecerró los ojos creyendo entender por qué ella se mostraba tan descarada en su presencia, lo sorprendió su juventud y su desfachatez. Se acercó aún más a ella, hasta casi estar pegado a su figura.

—Muchas lo han intentado con ardides más elaborados—. Estaba resbalándose hacia el precipicio, Aracena lo sabía, pero no podía aferrarse a nada e iba a caer con la venganza divina golpeándole la espalda. Había quedado como una auténtica furcia—. Aunque ninguna tan hermosa, he de admitirlo.

Las manos de Alonso se deslizaron por el interior de sus brazos sin previo aviso. Inclinó la cabeza hacia ella y atrapó la boca femenina con un beso que la dejó aún más perpleja. Cuando sintió la lengua de él en su profundidad sintió un acceso de pánico. Rafael le había explicado cómo debía actuar en caso de llegar a ese punto, pero

sus consejos seguían perdidos en su memoria, ahora llena por las sensaciones que el duque le transmitía con su contacto. Sentía un cosquilleo en el estómago y un nudo que subía desde su vientre hasta su garganta sin llegar a eclosionar en su boca, todavía. La lengua de él seguía profundizando y ella no entendía a qué estaba asida porque no caía al suelo conmocionada a pesar de no sentirse las piernas.

¡Madre de Dios! ¡Le estaba acariciando la espalda desnuda! Por eso sentía esas constantes cosquillas en todo el cuerpo, y ahora, ¿dónde iba esa mano curiosa? Se estaba deslizando por su cintura y subía por sus costillas hasta su seno, quiso gemir pero era incapaz de pronunciar sonido alguno salvo grititos entrecortados e incoherentes. La mano seguía subiendo impenitente, y ella tomó una decisión de inmediato, quería llegar hasta la caja de caudales del duque y para ello necesitaba hacer un sacrificio. Renunciaría a su reputación con tal de atraparlo por completo. Se dejó caer sobre el pecho del duque con absoluto abandono, Alonso entonces la separó de sí con cierta brusquedad. La miró con tal desprecio en sus ojos oscuros que Aracena fue incapaz de tragar el nudo de su garganta ante su incapacidad de descifrar la mirada de él.

—Definitivamente, no me interesa su oferta.

La dejó clavada al suelo completamente horrorizada por el insulto lleno de escarnio. Alonso se dio la vuelta, y entonces Aracena fue consciente de que había perdido toda oportunidad de ganarse su confianza. ¡Qué había hecho mal! Rafael le había asegurado que si actuaba como una mujer de mundo… Arrugó la nariz especulando, ella no era una mujer de mundo, debía de haber meditado en ese pequeño detalle antes de lanzarse al ataque, ¿cómo se adquiría la sofisticación? Debía buscarse un amante rápido pero los amantes no crecían como los champiñones, había hecho algo mal y no sabía el qué.

—Permítame abrocharle el vestido. Al menos no soy un cerdo pomposo.

La cimbreante voz con marcado acento le hizo darse la vuelta de inmediato. Frente a ella estaba plantado un completo desconocido que le sonría de oreja a oreja.

CAPÍTULO 3

Aracena miró la espléndida figura del hombre vestido de forma peculiar, nunca había visto un hombre ataviado con tanta elegancia y rigidez. Era extranjero, lo sabía por el acento y la apariencia. La sonrisa socarrona le hizo alzar las cejas extrañada. No recordaba haberlo visto en la fiesta, pero, con los ojos persiguiendo al duque de Alcázar a cada momento, era del todo imposible que se pudiese fijar en otro hombre, aunque, éste resultaba bastante imponente y raro.

¡Con la pasión que sentía ella por los bichos raros!

—Me seducen las mujeres que llevan las ligas rojas. —Las mejillas de Aracena se incendiaron como una pira. ¿de dónde diantres había salido? ¿Había observado la escena entre Rosa y ella?—. Estaba sentado en el banco gozando de un poco de tranquilidad —le explicó con una sonrisa que le congeló el alma. Aracena seguía en el más absoluto asombro e incapaz de articular palabra—. Permítame.

No esperó su negativa, se acercó con celeridad hacia ella y le dio la vuelta con delicadeza. Comenzó a abrocharle el vestido con eficiente desenvoltura.

—Sólo hace falta que se apague un poco el fuego de sus ojos— le dijo de pronto —Aracena inspiró profundamente y se sorprendió porque le había ajustado el corpiño sin apretárselo de forma excesiva, como si supiera el grado de sujeción que toleraba una mujer.

—¡Gracias! —Pudo articular al fin.

—Mi nombre es Ian Malcon. A sus pies milady. —La exagerada reverencia la dejó aún más atónita—. Las normas de etiqueta dictan que debemos corresponder a la presentación. —Aracena salió al fin de su estupor, hizo un alzamiento de hombros y le mostró una tímida sonrisa.

—Aracena Denisse —ella usó el mismo desenfado para presentarse, Ian aceptó el nombre con un ligero movimiento de la cabeza—. Tenía que haberse hecho notar, señor —le recriminó sin mucha convicción.

—Y me habría perdido ese espectáculo tan jugoso —a los ojos ambarinos de Aracena acudió un brillo de remordimiento que la abatió por un instante—. Su secreto está a salvo conmigo —le confió él. Los ojos femeninos brillaron atónitos.

—¿Secreto? —preguntó sin comprender. Ian la tomó de la mano y se la llevó a los labios.

—Es un necio despreciable por rechazar una invitación así.

¡Madre de Dios! Creía que ella… ella… Aracena alzó el mentón aún con más soberbia que su hermana Isabel. Ese desconocido tenía sobrados motivos para creerla una ramera, se había ofrecido al duque de Alcázar como una furcia borracha de ego, pero no podía impedir que le molestara que se lo recordara.

—Soy una señora, sir, espero que nunca lo olvide.

Los ojos azules de Ian sonrieron ante la pomposidad de ella.

—Pues no soy yo quien lo ha olvidado hace un momento. —Aracena sentía las mejillas ardiendo y no supo distinguir si era por la furia o la humillación—. Se le va a incendiar el pelo si sigue mirándome así.

Aracena inspiró tan intensamente que casi se ahoga con su propio aire. Encontrarse una lengua tan suelta como la suya era toda una sorpresa, y además le resultó demasiado grata. Los hombres normalmente tropezaban en sus adulaciones hacia ella, detalle que la exasperaba profundamente.

—¡Gracias por recordarme mi descarado comportamiento!

Aracena ya se daba la vuelta sin embargo una mano grande la detuvo cuando la sujetó por el hombro.

—No ha sido mi intención ofenderla señorita Denisse —ella inspiró profundamente—. Le ruego disculpe mi impetuosidad, pero, no estoy acostumbrado a ver una belleza semejante ni unos ojos tan brillantemente vivos. —Aracena entrecerró los ojos con mucha cautela—. Soy un invitado del marqués de Cayetano, compartimos intereses navales comunes —los ojos femeninos lo miraron con cierto alivio, era de sobra conocido los negocios que sostenía el marqués con británicos porque no sentía la menor duda que el individuo debía de ser inglés—. Mi padre lucho en España contra Napoleón bajo las órdenes del general *Emmerson* —concluyó él y Aracena amplió la sonrisa y relajó los hombros.

—Ahora me explico su acento —le dijo ella. Ian le devolvió la sonrisa pero doble.

—Es porque soy escocés pequeña. —La sonrisa se le borró a ella de golpe. Ian trató de tranquilizarla—. No tiene que temer de mí, soy un hombre de confianza.

—¿Y eso lo dice un hombre que se esconde entre los arbustos como un delincuente facineroso? —le recriminó ella.

—Estaba tomando un poco de aire, pero, ha resultado toda una sorpresa contemplar su frustrado desvarío amoroso. —Aracena volvió a sonreír, se lo tenía bien merecido por no pensar antes de actuar—. ¿Lo ama? —no debía de haber entendido la pregunta—. Me refiero a ese cerdo pomposo.

Acababa de ganarse su simpatía por completo con la repetición de sus palabras anteriores.

—Está insultando a un Grande de España —le informó con voz candente. Ian silbó por lo bajo. Conocía que esa palabra equivalía a "*miembro del grado más alto de la nobleza española*".

—¡Aracena! ¡Maldita sea! —Las dos cabezas se volvieron hacia la voz enfadada—. No puedes estar tanto rato en el jardín sin compañía. Tu reputación se resentirá.

—¡Rafael! —Exclamó ella con júbilo—. Estaba conversando con un amigo llegado de Gran Bretaña.

Rafael avanzó con paso enojoso hacia ella.

—Tu madre está como loca buscándote —había llegado hasta donde ellos estaban y le ofreció el brazo con galantería.

—Don Ian Malcon, Rafael Jefferson —Aracena hizo las oportunas presentaciones sin apartar los ojos del extranjero.

—Ya nos conocemos —el cáustico comentario de Rafael le hizo fruncir el ceño. No llegaba a comprender si el tono había sido seco o desinteresado.

—Me alegra volver a verlo señor Jefferson —la actitud amigable de Ian hizo que se disipase la incipiente desconfianza de ella, pero Rafael no le respondió en el saludo.

—Vamos pequeña… es hora de que bajes de las nubes. —La risa cantarina de Aracena logró que el escocés sonriera sin darse cuenta. Su alegría resultaba contagiosa.

—Confió que me reservará un baile —le dijo mientras ella se alejaba.

Aracena giró su rostro hacia él, le respondió con una sonrisa llena de humor.

—Tengo mi libreta vacía de solicitudes.

Ian alzó una ceja burlón sin creerse del todo que esa belleza no estuviese reclamada por todos los hombres de la fiesta.

—La reservaba para mi caballero vestido con brillante armadura…. —Aracena calló un momento—, aunque la armadura tenga una apariencia tan extraña.

Rafael no se esperaba la carcajada auténtica que soltó el extranjero sin molestarse en absoluto por el insulto dado a su indumentaria.

—Le tomo la palabra señorita y reclamo todos sus bailes desde este momento.

Alonso miraba subrepticiamente a la muchacha que le había respondido de forma impertinente en el jardín. Sus risas espontáneas y seguidas, le hicieron arrugar el ceño y sin ser consciente del escrutinio al que la sometía. Apoyó su hombro derecho sobre la columna de la planta superior mientras bebía un trago largo de su copa. Se fijó en el atuendo recatado de ella que hacía un contraste evidente con la impresión que le había dado en el transcurso de esa noche en particular en el jardín. Se le había insinuado de forma descarada, Él sabía que era un blanco directo para las muchachas en edad casadera. Su título le precedía como un verdugo en el cadalso, pero, le había gustado el sabor de la mujer cuando la besó, aún sentía en su mano su piel suave y satinada, ausente de la frivolidad innata en las mujeres de mundo. Alonso negó con la cabeza ante ese pensamiento, él no se implicaba con muchachas de vida alegre, sin embargo, viéndola bailar con ese desenfado, lograba despertar su completo interés...

—Sabía que te encontraría aquí —Alonso volvió sus ojos hacia su amigo y confidente: Enrique de Palacios.

—Es el único lugar tranquilo en este bullicioso baile —los ojos de Enrique se pasearon por la zona de baile y escudriñó a los participantes con recelo.

—Ha resultado toda una sorpresa ver que asistías cuando no sueles prodigarte mucho en visitas sociales. —Alonso siguió bebiendo de su copa.

—Tenía entendido que iba a acudir el conde —dijo el duque. Enrique cruzó los brazos al pecho.

—Don Rodrigo de Velasco no es amante de asistir a fiestas, y hace poco que ha llegado a Sevilla. —Alonso ya sabía la certeza de esa afirmación.

Tenía tantas ganas de verle la cara a su enemigo que no le importaba sacrificarse él mismo asistiendo a algunas fiestas. Enrique observó con cierto estupor que los ojos de Alonso seguían a una de las debutantes que bailaba con un extranjero. Su falda color celeste hacía cabriolas en los pasos.

—Es demasiado joven amigo mío —Alonso volvió sus ojos con sorpresa.

—¿Conoces su identidad? —Enrique asintió con la cabeza.

—Es hija de viuda, Madame Aline Denisse, baronesa de *Aryndee*, tiene su casa a orillas del Guadalquivir —Alonso fue grabando la información dentro de su mente—. Su marido fue un barón francés afincado en Santo Domingo.

—Es inaudito que una francesa fije su residencia en España después de la guerra. —Enrique asintió de nuevo con la cabeza—. ¿Es hija única?

—Alguna hermana más creo, pero es menos conocida ya que no suele asistir a bailes o eventos —las cejas de Alonso se alzaron con un interrogante—. Puedo hacer que te la presenten.

A los finos labios de Alonso acudió una sonrisa, si Enrique supiera que ya se había presentado ella sola… rectificó, la muchacha no se había presentado, se le había insinuado de forma descarada aunque inútil.

—Me gustaría saber dónde se encuentra el conde Ayllón en estos momentos.

—En el Café Taranta, sabes que le gusta encontrarse allí con Montaraz y Veracruz —Alonso sabía que Montaraz era el mejor torero de Sevilla y un gran amigo del conde.

—Entonces vamos a ver a la *Cañí* —la cañí era la mejor bailaora de flamenco que conocían y la amante de Montaraz.

Solía actuar en el Café donde se reunían algunos nobles amigos de toreros y poetas. Era el lugar perfecto para conspiraciones y tramas políticas, Alonso ya se frotaba las manos pensando en pillar in fraganti al conde, soñaba con ver cumplido su sueño de despojarlo del favor del rey.